Media hora despues recibió una esquela primorosamente doblada. Era éste su contenido:

«Las casas de Orrea y Córdova han vivido siglos en opulencia y con decoro, sin que para eso hubiesen menester tu caudal. Por lo tanto, lo miramos todos con indiferencia, dejando la sed de oro á las clases y almas bajas. No me sucede otro tanto con tu amistad, que siento haber perdido. He dado un paso acaso duro, pero necesario. A grandes males, grandes remedios. Pero no trato ni trataría de disculparme, en razon de que no reconozco otro juez á quien satisfacer que mi conciencia.

»Tu S. S. Q. T. M. B.

INES DE CÓRDOVA.»

—¡Y llama,—exclamó indignada la Asistenta despues de leida la carta,—llama esa cuñada mia *grandes males* al que yo mime á ese ángel, y que la llame mi hija! ¿Podrá creerse? ¡Pues mi hija ha de ser, pésele á quien le pesare!

De lo que es fácil deducir que la Asistenta estaba á mil leguas de sospechar la peripecia de aquel drama, cuyos efectos tocaba sin adivinar las causas.

CAPITULO XV.

Cuando salió la marquesa de su casa, Esperanza, fuera de sí, llamó á su hermano Fernando, le contó sollozando la determinacion que habia tomado su madre en su concentrada ira, y le suplicó fuese á traer al Padre Salvador, de Capuchinos, confesor de la marquesa, única persona á quien se le conocia ejercer algun influjo en aquella alma altiva, cuyo temple no cedia al del acero, y tan celosa de su autoridad de madre. Esta autoridad la habian hecho siempre respetable á sus hijos, el juicio y la austeridad de la viuda, la nobleza y dignidad de la señora, la entera consagracion á los intereses de sus hijos de la madre, las virtudes de la cristiana.

—Sólo su confesor,—decia Esperanza á su hermano,—sólo su voz, que es la de la Religion, podrá

aplacar esta tormenta del alma, como el Salvador del mundo calmó la de las olas del mar.

Fernando aprobó el dictámen de su hermana, y para evitar toda intervencion de criados en tan críticas circunstancias, fué en persona al convento, del cual volvió trayendo consigo al Padre Salvador.

Era tan venerable el aspecto del religioso, en su tosco sayal y con su plateada barba, que hacía patente que no es en el oro ni en la seda en lo que resplandece más la dignidad del hombre.

Cuando regresó la marquesa, ya el Padre Salvador sabía que sobre aquella casa tan virtuosa y pacífica habia caido cual un rayo el anatema materno, dejando su huella funesta, y conmoviéndola hasta los cimientos.

Al ver á su confesor, se sorprendió amargamente la marquesa, tan exasperada ya; echó una mirada de indignada reconvencion á sus hijos, y con la mano les hizo seña de salir de su presencia.

Cuando se hubieron alejado, dijo la marquesa con aspereza al capuchino:

—Habeis sido llamado, segun presumo.

—Y bien, si así fuese...—contestó el religioso.

—Creeria que ha sido una inaudita insolencia en mis hijos la de quererme imponer un juez.

—No vengo como juez; vengo como mediador.

—¡Y qué! ¿Pensais por ventura convencerme á que consienta en el monstruoso casamiento que intenta hacer mi hijo?

—Sabeis, señora, que jamás he intervenido en los negocios temporales de vuestra casa: ménos mundano y más elevado es el interes que me trae.

—Ante todas cosas, Padre, supongo estais enterado de la enormidad de los proyectos de mi hijo, del escándalo de su conducta, de la insolencia de su emancipacion. Siempre temí se portase segun era de temer de su poco seso y de lo perverso de sus principios; pero que pensase, como intenta hacerlo, deshonrar á su familia, mancillar su nobleza, desafiar la opinion pública, manchar su estirpe y la de sus hijos, y hollar á sus piés, á los veintidos años, la voluntad de su madre, eso... jamás... no, jamás pude figurármelo!!

—Vuestra juventud, santamente pasada en el retiro del convento,—repuso el Padre Salvador,—vuestro carácter sentado, vuestro feliz matrimonio, os han preservado de las pasiones; no las conoceis, no graduais su violencia, y así juzgais sus resultados con demasiada severidad.

—¿Quereis disculpar desenfrenos y locuras?

—De ningun modo. Sólo os advertiré, señora marquesa, que nunca es la pasion más absoluta y decidida que cuando se halla hostigada con obstáculos despóticos, ni más arrogante que cuando se la desprecia. La dulzura, la prudencia, alcanzan más con el tiempo que lo que pueden hacer de pronto el rigor y la intolerancia.

—¿Y es un ministro de la Religion, un juez en

el confesonario,—dijo con agria ironía la marquesa,—el que aconseja lenitivos hácia las pasiones?

—Porque lo soy, por eso lo hago, señora; y si no, ¿se arrodillarian muchos á nuestros piés? Marquesa,—añadió con voz acompasada, pero firme, el director,—os habeis conducido con violencia y con soberbia, aunque en lo que condenais llevais razon, y en prohibirlo estais en vuestro derecho. Y así vuestra voluntad se hará, vuestro hijo partirá; no podeis ni debeis exigir más por ahora; pero vos retractareis vuestra maldicion materna, dada con harta ligereza.

—¡Yo! ¡yo!—exclamó la marquesa, cubriendo sus pálidas facciones elcarmin de la cólera.—¡Yo retractarme un momento despues de lo que hice un momento ántes! ¡Yo humillarme á mis hijos! ¡Yo ceder á un rebelde insensato!... Os chanceais, Padre. Harto sabeis que la veleidad no es culpa de que tenga que abochornarme.

—Pero ha de ser en esta ocasion virtud de que os podais gloriar. Os lo he dicho hartas veces, marquesa: la humildad, esa virtud tan pequeña, tan menospreciada, que cual el diamante sin pulir, ni luce ni brilla, esa virtud es, no obstante, el guía más seguro para la perfeccion.

—Si la humildad exige de una madre bajarse y acatar á un hijo demente y aferrado en su demencia; si exige esta virtud que á él le dé su madre alas, en lugar de ponerle trabas, para correr á un precipicio... señor, una buena madre renuncia á tal virtud.

—Pues miéntras sostengais lo hecho,—dijo el Padre Salvador levantándose,—no podreis, bajo mi direccion, acercaros á los Santos Sacramentos.

—A bien,—repuso con irritada altivez la marquesa,—á bien que hay otros sacerdotes en Sevilla que mirarán el asunto bajo otro punto de vista, y no exigirán de mí una cosa que comprometa mi dignidad! Cese la causa, y cesará el efecto. Predique usted esa humildad al hijo, en quien es más propia que en la madre.

—No soy director de su conciencia, señora; lo sabeis.

—Pues tampoco lo sois ya de la mia: no quiero dejar á ese indómito esa ventaja.

—Pues cesan aquí mis funciones,—repuso sin alterarse el confesor.—Nuestro yugo es tan voluntario en el que lo lleva, que basta desear sacudirlo para soltarlo. Cuanto viene de Dios, viene acompañado del libre albedrío para que el bien sea meritorio y el mal sin disculpa. Por mí,—añadió el recto consejero acercándose á la puerta,—no transijo con lo que me parece mi deber como vuestro director espiritual. Adios, señora: tened presente que si no cedo, es porque no debo, y que me lo impide mi conciencia; y que si vos no lo haceis, es porque á ello os induce vuestra obstinacion.

Diciendo esto, saludó y salióse con paso lento; y cuando el último doblez del tosco hábito del capu-

chino desapareció en el quicio de la puerta, se oyó una voz ahogada que exclamó:

—¡Padre Salvador! ¡Padre Salvador! ¡Volved... que os obedezco!

La mujer religiosa habia triunfado de sus pasiones: ¡la católica pisaba la cerviz de la serpiente!

Con esta exclamacion habia dejado caer la marquesa su erguida cabeza sobre sus manos, y un torrente de lágrimas llenó por fin aquellos secos ojos.

El Padre Salvador volvió á entrar.

—¡Hija!—le dijo á la afligida madre con voz profundamente conmovida.—¡En esto hay más mérito que en un año de vida ascética y perfecta!

Al dia siguiente, Cárlos, absuelto, se alejaba de Sevilla, sacrificando con violento dolor su felicidad presente, pero firme en sus esperanzas para la venidera.

CAPITULO XV.

Un mes despues de los sucesos referidos, reinaba en el cuarto de Élia, que poco há parecia el santuario de las flores, los cantos y la alegría, un profundo silencio. Las cortinas estaban cuidadosamente corridas en las ventanas, para interceptar la luz. El perfume de los nardos y jazmines estaba reemplazado por el sahumerio de la alhucema y azúcar; pomadas, cintas y flores habian cedido el puesto sobre el tocador á jarabes, píldoras y recetas. La Vírgen de la Esperanza, advocacion predilecta de la Asistenta, y San Antonio, santo de la devocion de María, se hallaban colgados á la cabecera de la cama. Sobre la cómoda habia un Crucifijo, ante el cual ardia una vela bendita; bajo las almohadas de una camita blanca como una azucena asomaban los cordones de seda carmesí y oro de una bolsita con reliquias,

que habian sido enviadas por las monjas. En fin, se observaba allí todo aquel aparato católico que mira el desgraciado á quien le falta la fe, sin poder comprender que aliente en el peligro, sostenga en el dolor y dulcifique la muerte.

A la cabecera de la mencionada cama estaba sentada la Asistenta; frente de ésta, á los piés del lecho, D. Benigno, que alternativamente y lleno de solicitud fijaba los ojos, ya en la que yacía en la cama, ya en su señora, cuyo semblante abatido manifestaba sus vigilias y cuidados. Al otro lado de la cama estaba María, sentada en una silla baja y teniendo en la mano una caña coronada de tiras de papel cortado, para poder ahuyentar con ella cualesquier mosquito ó mosca que se acercase al sitio donde reposaba Élia. Esta yacía inmóvil en el lecho; los brillantes colores de la salud y de la juventud habian desaparecido de su semblante, y á cierta distancia se hubiese confundido la dormida niña con sus blancas sábanas, si en su cabello no tuviese dibujado el contorno de su pura frente. Caia aquél partido en dos largas trenzas por ambos lados, apareciendo así á una imaginacion supersticiosa como los negros y descarnados brazos de la muerte, que ponia sus manos, como atrayendo una presa, sobre aquella cabeza inerte.

Este grupo que hemos descrito estaba lleno de profundo interes, formando contraposicion con los que solemos imaginar para nuestro consuelo, en los

cuales los ángeles compasivos son los que velan sobre las miserias de la humanidad, siendo en el que pintamos, el ángel; el que era custodiado por tres séres que resumian en sí aquélla, personificando la Asistenta á la vejez, D. Benigno á la impotencia, y María á los achaques.

—Este es el sueño más largo y más tranquilo que ha tenido,—dijo en voz baja la Asistenta.

—Seguramente,—respondió D. Benigno, sacando su gran reloj:—cuarenta y tres minutos y medio.

—¡Si hoy es dia de San Antonio!—exclamó María, abriendo las manos y extendiéndolas hácia la imágen del Santo con vehemente expresion de ferviente gratitud.

De ahí á un rato dijo la Asistenta, como si lo que dijese fuese el fruto de sus reflexiones anteriores:

—Cárlos se ha ido, segun me han dicho, ¡y ni siquiera se ha venido á despedir de mí! Pero ¡ni tampoco de mi pobre niña, á quien aparentaba querer tanto!... ¡Ni de usted, D. Benigno, que tanta paciencia tiene con él! ¡Quién lo hubiese creido! ¿Qué yerba han pisado los de esa casa? A ninguno veo sino á Fernando, que disculpa muy mal á su hermano, con la premura de su salida. ¡Y esa cuñada mia, más dura que una roca, más cruel que el rey D. Pedro... despues de ponerme mi niña á morir, no venir á verla! Pero ¡ni siquiera enviar un mal recado! ¡Esto pasa de castaño oscuro! Si halla usted á esto todavía palabras de disculpa, D. Benigno,—¡y qué bien

le viene á usted el nombre! ¡Ni que lo hubiese bautizado á usted Zacarías!—si le halla á usted disculpa, dígole á usted D. Benignísimo, como decia mi Cárlos, que es usted capaz de levantarle un altar á Heródes.

En este momento abrió Élia sus hermosos ojos, y los fijó con una indecible expresion de dulzura y gratitud en las personas que la rodeaban.

Don Benigno se levantó con estrépito, y fué á correr un lado de la cortina, por el que entraba un rayo de sol.

María se apresuró á extender y estirar los falbalaes de las sábanas, y la Asistenta tomó la mano de la enferma, observó su calor, sus pulsaciones, y puso su mejilla sobre la frente tersa de la enferma.

—¿Cómo me será dado—dijo Élia con debilitada voz—agradecer tantos beneficios? ¡Un solo corazon no basta; una sola vida no alcanza!

—Calla,—respondió la Asistenta, poniéndole la mano sobre la boca,—calla, tontilla. Nosotros somos los que tenemos que agradecerte á tí que no te hayas muerto, y que te estés restableciendo á toda prisa tomando tus jaropes y tus bebistrajos de la botica como una buena y dócil niña que eres. Pues, hija mia, si tú faltases, ¿habria sol en esta casa, flores en el jardin, ni consuelo para nosotros? Ahora, corazon mio,—añadió despues de un rato la Asistenta,—me voy á la catedral á oir la misa que ofrecí á la Vírgen de los Reyes si te ponias buena. Son

las diez, y la misa se dice á las once. ¡Adios, gloria mia! María, cuéntale un cuento, y ténla entretenida hasta mi vuelta.

Cuando la Asistenta y D. Benigno hubieron salido, se hallaron Élia y su ama por primera vez solas desde la mejoría de Élia. Esta fijó sus ojos por largo tiempo en los de María, y en la suave languidez de su mirada habia una súplica que no se atrevian á pronunciar sus labios, ni áun ante su ama.

La agudeza de María comprendió luégo esta muda pregunta que aguardaba y temia, porque no queria supiese Élia la partida de Cárlos, la que María desaprobaba altamente. Por otro lado, temia la supiese á la primera ocasion por la Asistenta, que nombraba continuamente á sus sobrinos. Saberlo así de repente por la señora, podria sobresaltarla y ser causa de varios males. Tomó, pues, María, un medio indirecto para dar de una vez, y con la misma mano, la herida y el bálsamo.

—Voy á contarte un cuento,—dijo,—segun me lo ha mandado la señora.

Y principió en estos términos:

«Habia una vez una pastorcita tan buena, tan preciosa y tan cristiana, que era un hechizo. Guardando un dia sus ovejitas por unos parajes muy solitarios y desiertos, llegó á un vallecito más fresco y verde que una maceta de albahaca. En medio de muchas florecitas silvestres, que parecian querer enterrarla entre ellas, notó unas ruinas, cuyos paredo-

nes estaban tan tristes como el que no puede ni vivir ni morir. En el que más descollaba y que aún estaba en pié, gracias á un cipres que habia crecido á su espalda como para sostenerlo, vió en un nicho una imágen de la Señora. Sus vestidos, que habian sacudido los vientos y empapado los aguaceros, estaban descoloridos y hechos girones.

»Nada adornaba el nicho sino unos pabellones de telarañas y una rama de yedra, que entreponia sus hojitas entre el temporal y la Imágen. La pastorcilla se puso á llorar amargamente, diciendo: «¡Ay, Madre mia, Madre mia! ¡Qué sola y qué abandonada estais! ¡Qué dolor, qué dolor que la Reina de los cielos esté tan desatendida en la tierra! ¡Quién fuera rica para volver á levantar esta capilla y restablecer aquí vuestro culto! ¡Quién tuviese siquiera lo necesario para compraros un vestido!» Y la pastorcita, no pudiendo hacer otra cosa, se puso á limpiar el nicho, y lo rodeó con guirnaldas que hizo con las florecitas del campo; y todos los dias, miéntras sus ovejitas pastaban en aquella abundante pradera, ella hacía guirnaldas frescas para adornar el nicho de la Vírgen, y enseñaba á los corderitos á doblar la rodilla ante la Imágen.

»Sucedió que un príncipe muy hermoso, volviendo un dia de caza, llegó al vallecito, y cuando vió á aquella pastorcita tan bella y tan buena, se enamoró perdido, y le dijo se queria casar con ella. Pero la reina, que era más orgullosa que el mismo Lucifer,

no queria para nuera una pastorcita hermosa y santa, sino una princesa, mas que fuese más mala que Barrabas y más fea que yo. Y así, para desatarlo de esos amores, envió á su hijo con una embajada á un vecino reino. El hijo, que era obediente por demas,—¡sí... *por demas!* repitió María, apoyando sobre el *por demas*,—cumplió lo mandado; pero volvió muy luégo más enamorado con la ausencia, como al amor firme compete, y se casó con la pastorcita tan real y santamente como yo me casé con el maestro de escuela; y la pastorcita, á quien la Vírgen habia hecho feliz y rica en recompensa de buena devota suya que era, le labró de nuevo la capilla, como se lo habia ofrecido.» Y se acabó mi cuento con pan y pimiento, y un granito de sal; no lo cuento más.

—No, María,—dijo Élia con triste y débil voz, miéntras sus lágrimas rodaban incesantes por sus escuálidas mejillas, porque habia comprendido á su ama y supo que Cárlos habia marchado;—no es así el *ejemplo;* que yo lo sé mejor. Tú lo has mudado á tu antojo y hecho *cuento*. La verdad es que la infeliz pastorcilla nunca más vió á su hermoso príncipe. Lo que sí sucedió fué que una noche oyeron los pastores unos quejidos; se acercaron, y al entrar en la choza de la pastora que estaba entre las ruinas, la hallaron tendida sobre la paja mojada, porque habia llovido, y su cabecita caia sobre la dura tierra, y al verla tan mala, fueron corriendo á avisar á un

convento y salieron á socorrerla al punto dos religiosos. Cuando se acercaron á la choza, vieron una claridad muy grande, y pensaron que estaria ardiendo. Pero cuando entraron en ella, vieron unos mozos cuyas túnicas blancas resplandecian tanto que causaban aquella claridad. Cerca de la pastorcita estaba una Señora muy hermosa, reclinada, y le habia levantado la cabeza y apoyádola sobre su pecho, y cuando entraron vieron á la pastorcita sonreir, suspirar y morir. Entónces la hermosa Señora hizo seña á aquellos bellos mozos, que se acercaron, la cogieron entre sus brazos y se la llevaron consigo al cielo, porque eran los ángeles y la Vírgen de las Ruinas, y ésta se volvió á su nicho para ganar más almas al cielo. Esta es la verdad, María: tú todo lo has echado á perder con traer un príncipe. ¡Oh! ¡Dichosa pastorcita, María, que nunca partió su corazon, y tan entero se lo guardó á Dios y á María! Yo, ama mia, me iré á un lugar en que purifique mi alma, y me haga digna de tal suerte!

Élia levantó los ojos hácia la imágen de la Vírgen, y sus lágrimas se secaron, como si lágrimas mundanas no tuviesen cabida en el cielo. María, al contemplarla tan ideal de belleza y tan sublime de santidad, se volvió hácia la imágen de la Vírgen, por haberse imaginado que esta Señora bajaba sus miradas al encuentro de las que Élia levantaba.

CAPITULO XVII.

La pobre María, cuya energía moral habia vencido su debilidad física, como le sucede á toda mujer que ama, percibió, al tranquilizarse su espíritu con la mejoría de Élia, que habia abusado de sus fuerzas. Habíanse éstas agotado á punto de obligarla á guardar cama.

Su cuarto estaba situado en un entresuelo debajo del de Élia, y, como éste, daba al jardin.

Aquel dia se habia levantado María; sentada frente de la ventana y con la mano en la mejilla, miraba, sumida en tristes cavilaciones, al cielo azul en que resbalaban algunas altísimas nubes, blancas y puras como todo lo que se eleva en la tierra. Los jazmines que se enredaban en las rejas de las ventanas, mecidos por el aire de la tarde, parecian lla-

mar con sus deditos blancos á los cristales, como convidando á María á que abriese éstos y gozase de su fragancia. La dama de noche, que no quiere luz ni ruido, aguardaba á que se acabase de poner el sol y callasen los pájaros, para extender su fragancia á la noche. Los cipreses, á los que se acogen legiones de pájaros como á un sagrado, estaban hechos unas verdes torres de Babel. Las cañerías de los estanques, destapadas, daban paso á alegres borbollones de agua, que salian como chiquillos de la escuela, para ir á alegrar, como aquéllos, el cuadro que era su paradero.

—Y bien, María,—dijo Pedro al entrar, trayéndole una taza de caldo,—¿cómo vamos? Como siempre, supongo: ¡el mal por menor, las quejas por mayor!

—Como usted está bueno y sano como una manzana,—respondió María,—y tiene la cara como la luna de Enero... ¿qué sabe usted de males? Míreme, y verá si los tengo sellados en esta cara de desenterrada!

—Y tambien... ¿por qué no se cuida usted?—repuso Pedro.—¿No hubiera podido estar bien cuidada la niña sin usted matarse? ¿No habia acaso quien la cuidase?

—Nadie como yo, Pedro.

—Fantasías de enfermera,—contestó éste.—Las señoras mujeres se figuran en su alta sabiduría que no hay sino ellas para ciertas cosas.

—Sí, Pedro, sí; y son aquellas que necesitan una consagracion absoluta, un amor infinito.

—Pero, mujer de Dios, ¿no queremos todos á la niña como á nuestro corazon?

—Todo el mundo podrá quererla; pero nadie como yo, que la he criado. Usted no sabe lo que es criar una criatura á sus pechos, Pedro.

—Lo que sé es que siempre andan ustedes buscando razones para querer más y mejor.

—Pedro,—dijo María,—usted, que tiene tantos cuentecillos necios que sacar en prueba y apoyo de sus majaderías, oiga usted un sucedido para que sepa lo que es alimentar una criatura á sus pechos.

«Habia una mujer tan dada á los vicios, tan liviana y codiciosa, que su corazon se hizo duro y frio como el metal que era su ídolo. Cuando esa desalmada paría, iba á su ventana, que daba á un rio, y arrojaba por ella lo que daba á luz.

»Si alguna vez por Cuaresma entraba en sí, iba á confesar y lloraba sus culpas; pero era tal su perversidad, que á poco reincidia en ellas.

»Habiendo vuelto en una ocasion al confesonario, y viendo el Padre hasta qué punto eran poco estables los buenos propósitos en aquella perdida, le mandó que si alguna vez era tentada de volver á cometer semejante iniquidad, ántes de ejecutarla diese de mamar á su hija. La mujer obedeció: la primera vez que volvió á parir, dió el pecho á su criatura, fué en seguida á la ventana para echarla al rio;

pero... Pedro, ¡no pudo! La estrechó sobre su corazon, deshecha en lágrimas, se hizo madre, y volvió á la virtud.»

Oyéronse en este momento unos golpecitos dados á la puerta, y Pedro se escabulló.

—¿Quién es?—preguntó María.

—Quien no será,—contestó una voz conocida.

—¿Usted, comadre Catana?

—Servidora de usted.

—De Dios lo sea usted por muchos años.

—Este Señor guarde á usted,—dijo entrando el ama de llaves de la marquesa.

—Venga usted con Dios, comadre,—repuso María, queriendo levantarse para ir al encuentro de su visitadora.

—¡Quieta, quieta!—dijo ésta, agarrando á María por los brazos y forzándola á volverse á sentar.—El mejor de los cumplidos es no hacer ninguno. ¿Con que ha estado usted mala?

—¡Ay, comadre! He pasado las noches en un potro, y los dias en un ay.

—¡Ya! ¡Ese solano maldito!

—No, comadre, no; el solano y yo nos llevamos bien.

—¿Acaso será ese viento de la mar, más húmedo que las olas de entre las que sale?

—Tampoco; ese viento de la mar ahuyenta al norte, que es mi verdugo.

—¿Pues qué es, comadre?

—Comadre, la fe de bautismo.

—De ese color, amiga mia, todas tenemos un vestido.

—El color será el mismo, señora, pero no la tela. La de mi sayo está averiada.

No era, no obstante, segun lo indica este coloquio, sólo el interes por la salud de su comadre el que traia á verla á la señora Catana. Habia ésta visto con asombro la desunion de las cuñadas, tan unidas hasta entónces; la repentina marcha de Cárlos, la enfermedad de Élia: notó el coincidir todos estos eventos á un tiempo, sin haberse traslucido lo más mínimo acerca de las causas de estos trastornos, en aquella casa tan austeramente reservada. Venía, pues, á ver si algo sonsacaba á María, sabiendo por notoriedad que nada le ocultaba su señora. Pero para sonsacar algo á María era preciso mucha maña, porque era igualmente notoria la discrecion de la fiel criada. Así fué que Catana entabló la conversacion, tomando el punto de partida el más distante del objeto que la traia.

—Comadre,—le dijo,—vengo á que me diga usted cómo hace el budin de naranjas; porque mi señora siempre me está echando en cara que usted lo hace mejor que yo.

María se halló sumamente lisonjeada de un triunfo tan palpable como lo hacía el ser reconocido por su competidora; se sonrió con más satisfaccion que Apolo cuando triunfó de Marsias; pero mucho más

generosa que el dios, en lugar de desollar á su competidora, le contestó:

—La marquesa me favorece demasiado. Esto será aquello de «sol de casa no calienta». Ese es el *budin de mi niña*, como le llama la señora mia; y le diré á usted cómo lo hago. Al zumo de nueve naranjas se le echa una libra de azúcar molida, que ántes se deslie con una docena de yemas de huevos frescos, y dos cucharadas en colmo de flor de harina de la superior: se tiene preparado un molde de hojalata, untado con manteca de Flándes, que se derrite acercándolo á la lumbre para que no quede sin percibir la manteca ninguna parte del molde; de lo contrario, se le pegaria la masa. Se pone en el baño de María á que cueza, tapándolo con una cobertera de lata con ascuas, que se renovarán si se apagan (1).

Catana dió las gracias á María por la minuciosa receta, y le dijo en seguida:

—¿No sabe usted nada de nuevo, comadre?

—¿Qué quiere usted que sepa,—contestó María,—metida aquí entre cuatro paredes como un pollo en su cascaron? No veo sino á Pedro con quien poder hablar algo en razon, y éste nada dice, porque como es tan desvergonzado, asegura que decir una cosa á una mujer es dar dos cuartos al pregonero.

(1) El gran Dumas ha dado en una de sus obras una receta de tortilla; séanos permitido poner una de *budin* en boca de un ama de llaves.

—¿Sabe usted, comadre,—dijo Catana,—que el cocinero frances de la señora condesa, que tiene más humos que un grande de España, se despidió dias pasados porque dijo no eran aquí las carnes cebadas, que era rancia la manteca de Flándes y flacos los pollos? Pero la condesa añadió diez á los veinte duros que le daba de salario, y se ha dignado quedarse.

—¡Vaya con el señor Príncipe de las cacerolas!—repuso María.—Mi señora dice que no le gustan sus guisos, y que no sabe asar un pavo.

—Pero, comadre, aquí que nadie nos oye, ¿no es una verdadera desgracia que las señoras, que siempre se han llevado tan bien como los dedos de las manos, se hayan indispuesto?

La fisonomía de María, hasta allí tan abierta y tan complacida por su reciente triunfo, que la colocaba en una altura de la cual miraba de arriba abajo al discípulo de Carême, mudó de expresion al oir estas palabras, reemplazándola su habitual gesto avinagrado.

—Lo que ha motivado esta desavenencia—prosiguió Catana—es un misterio hasta para los más antiguos y fieles de la casa. Apuesto á que la señora Asistenta no ha sido tan reservada con usted, y que usted no ignora nada de lo que debe haber acaecido. ¡Mire usted que es cosa desairada, despues de tantos años de estar en la casa, verse una tratada como una extraña, y no saber qué contestar cuando le preguntan!